

De lo que nos dejó Silvia Bleichmar a los psicoanalistas de niños: la pasión por lo real

Carlos Eduardo Tkach

(Publicado en **Revista Generaciones No 1, EUDEBA, 2011**)

Borges dice que todo autor deja dos obras: una, la escrita, y otra, la imagen que queda de él; y que la verdadera fama consistiría en que su decir hubiese pasado anónimamente al habla común. En este sentido la presencia de la obra y la imagen de Silvia Bleichmar en el psicoanálisis de nuestro país ha marcado un antes y un después. Tanto entre quienes han incorporado sus ideas como entre quienes han polemizado con ellas. Ni su obra escrita ni su ser analista ha provocado indiferencia. Muchas de sus ideas y modos de pensar el psicoanálisis de niños expuestos en sus trabajos publicados y en su transmisión oral y personal en seminarios, cursos y supervisiones, han pasado al uso común en la práctica de muchos analistas. También queda de ella el carácter, la fuerza y la pasión puesta en juego en su ser analista. Lo que nos ha dejado está más allá y más acá del valor de sus desarrollos teóricos y clínicos. Transmitió en acto la disposición permanente a repensar, problematizar e innovar las dimensiones de nuestra disciplina para contribuir a mantenerla vigente en los tiempos actuales. Así contribuyó a renovar la práctica de muchos analistas de niños al tiempo que abrir nuevas perspectivas para otros.

En la época de los inicios de la introducción e influencia de sus ideas, en el psicoanálisis de niños en nuestro país ya estaban presentes, sobre la base de la inicial influencia del kleinismo, los modos de encontrar alternativas teórico clínicas a los impasses de dicho pensamiento. En la búsqueda de lo otro del niño coincidían, de modo simultáneo, varias corrientes diferentes. Por una parte, las ideas acerca de las interacciones familiares daban lugar a un psicoanálisis de los vínculos que ampliaban el modo de concebir el sufrimiento del niño y su abordaje clínico. Por otra parte, las ideas de Winnicott acerca de la función materna y ambiental permitían entender otros aspectos de la constitución psíquica y la sintomatología. *Last but not least*, la creciente y fundamental influencia de las ideas lacanianas modifican radicalmente el panorama del psicoanálisis de niños incorporando nuevos parámetros en los modos de pensar y abordar clínicamente. Aquí lo otro, se vuelve el Otro y conduce a los significantes del deseo de los padres como marcas de origen y definitorias del sujeto y sus síntomas. De cada una de todas estas

perspectivas surgieron no uno sino variados modos de repensar la clínica, a medida que las mismas fueron haciendo su propia experiencia de ajustar teoría práctica.

Con su formación en Freud, en Melanie Klein y en el primer Lacan, Silvia Bleichmar encuentra en Laplanche la renovación de los conceptos freudianos producida en el psicoanálisis en Francia a partir de la década de los años 50. También con apoyo e interlocución con los estudios del psicoanálisis freudiano de niños en Francia, formula los problemas que le planteaba la clínica con niños al tiempo que modelos y respuestas teórico clínicas. Con estas diversas fuentes instala en nuestro país un pensamiento freudiano contemporáneo del psicoanálisis de niños con un modo singular de servirse de los conceptos de la metapsicología para dar cuenta de la estructuración subjetiva y del funcionamiento psíquico del niño. Silvia Bleichmar pone en acto en su transmisión una novedosa articulación de distintas perspectivas teóricas que se asienta firmemente en la práctica clínica dando lugar a un modo de pensamiento complejo original que contribuye a abrir rumbos en la particular coyuntura del psicoanálisis actual.

Lo que llamamos su pasión por lo real opera como causa de toda su producción intelectual tanto implícita, desde la posición en que enuncia, como explícita en sus enunciados mismos y es justamente aquí lo que queremos aquí poner de relieve transmitiéndolo con sus propias palabras.

A partir de las tareas que su propia práctica clínica le impone, para las que el estructuralismo del que parte en sus inicios le resulta insuficiente, va en la dirección de lo real en “la búsqueda de una determinación que se viera más cercana a la vivencia del sujeto.” Con el objetivo de delimitar ese real todo su trabajo de años estuvo “destinado a fracturar esta falsa opción poniendo en juego la idea de un ‘externo interno’ relativo al inconsciente, y un ‘externo exterior’ correspondiente a lo real que se encuentra por fuera del aparato psíquico”. En psicoanálisis dicha problemática no ha encontrado puntos de anclaje para un debate ya que “no es tarea sencilla intentar articular estos dos planos que han quedado escindidos entre el “exterior real” y el “interior psíquico” (Bleichmar, 2006).

La idea “de un aparato abierto a lo real” constituido a partir de inscripciones provenientes del exterior y sometidas constantemente a su embate fue un eje central de su tarea para generar nuevas herramientas para su abordaje (Bleichmar, 2008). Un aparato psíquico que puede recibir nuevos contenidos representacionales efecto de inscripciones provenientes metabólicamente de la realidad en la cual está inmerso y al mismo tiempo capaz de engarzarlas en las líneas de fuerza constituidas a partir del

entramado primario que les da su estatuto. Le preocupa que el determinismo no devenga unideterminismo o teoría cosmológica a priori pues el inconsciente implica un orden de determinación presente en los modos mediante el cual “lo azaroso-acontencial se engarza en el entramado constituido del cual formará parte” (Bleichmar, 1994).

Se trata de “cercar los efectos de lo real en el psiquismo, pero de ese real que se define como real libidinal.” Conservando la propuesta freudiana que remite a la causalidad psíquica se centró en “comprender las vicisitudes por las que atraviesa el psiquismo en su contigencia instituyente”. Así, indica que la cuestión central de nuestro trabajo es “correlacionar el modo de funcionamiento psíquico con la eventualidad de lo real”. Lo que le interesaba, en tanto analista, era “la comprensión de aquello que lo real produce en el psiquismo”. Ahora bien, dicho real no ingresa sino bajo ciertas líneas de fuerza, que transforman lo exterior en materialidad psíquica sin establecer justamente una alianza fácil entre psiquismo y realidad exterior. Asevera con énfasis que en sus diversas formas, no puede ser desdeñado, tanto “como realidad significada o significable, como real incognoscido pero incidente, como inscripción metonímica no articulada” pero siempre como representación vivencial que conserva eficacia en la vida psíquica (Bleichmar, 2006).

Dicha preocupación por lo real ya es manifiesta en sus primeros trabajos: en su aprehensión del sujeto en constitución “los tiempos míticos no son construcciones, son movimientos reales de estructuración del sujeto psíquico que, aún cuando no podamos capturar en su subjetividad, podemos cercar...no podemos tocarlo, ni verlo, pero sí podemos conocer su peso específico, su densidad, su efecto, su combinatoria. Son los momentos que podríamos llamar constitutivos del inconsciente” (Bleichmar, 1986).

La misma búsqueda está presente a través de su investigación de los modos en que las figuras parentales operan entre las sobredeterminaciones del sujeto. Su actualización y reconceptualización de las series complementarias freudianas tiene consecuencias decisivas sobre el abordaje clínico. En el lugar que en el modelo freudiano ocupa lo real del factor constitucional y la herencia, Silvia Bleichmar coloca el fantasma y los deseos de los padres, que constituyen lo que llama “las condiciones de partida” del sujeto (Bleichmar, 1993). El trauma¹ como real ocupa un lugar privilegiado entre esas

¹No podemos desarrollar aquí las vicisitudes que la problemática de lo traumático ha atravesado en la historia del pensamiento psicoanalítico pero en nuestro país hacia los años 80, dicha noción no formaba parte del grupo de ideas dominantes como consecuencia de las sucesivas hegemonías de las ortodoxias

condiciones de partida y los movimientos de estructuración del sujeto. Le importa entonces precisar la noción de acontecimiento como real como aquel capaz de despertar ciertos efectos, siguiendo a Freud cuando intenta separar precisamente, la idoneidad determinadora y la eficacia traumática de lo acaecido. Trauma psíquico es así toda vivencia que suscite los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza, el dolor psíquico y la sensibilidad de la persona afectada. Pero no cualquier acontecimiento, sino aquel que de alguna manera se engarza con la producción traumática o sintomática, aquel elemento vivencial que puede producir efectos en la vida psíquica. El acontecimiento, definido a nivel psíquico como del orden de lo exógeno sólo deviene significativo cuando es capaz de despertar ciertos efectos, cuando cobra una idoneidad determinada que puede desbalancear los modos habituales de funcionamiento y, sobre todo, que tiene carácter inligable, inmetabolizable en el interior de los sistemas psíquicos (Bleichmar, 2006).

Las condiciones de partida dan origen a traumatismos fundantes del inconsciente como efecto de las impulsiones precoces a los cuales el cachorro humano es sometido por su indefensión y dependencia del adulto. De modo que estructura edípica de partida y encadenamientos representacionales previos constituyen factores de ‘predisposición’ y el real desencadenante no se sitúa como la sumatoria freudiana clásica pues “lo azaroso de la historia singular se encuentra ya cualificado desde el otro, implantado en el psiquismo infantil” por lo cual el “acontecimiento no deviene traumatismo por simple encadenamiento, sino por su ingreso significativo en la estructura deseante que precede a su cualificación” (Bleichmar, 1993).

kleiniana y lacaniana. Digamos sucintamente que el concepto de trauma está prácticamente ausente en la obra de Melanie Klein. No figura en el extenso y minucioso tratado sobre la obra de esta autora realizado por Elsa del Valle ni tampoco en el Diccionario de Heinselwood. Del mismo modo ocurre en el primer Lacan, la idea de trauma no tiene estatuto ni conceptual ni clínico. Sí lo está en el Lacan prelacaniano y también en el último pero ya de un modo muy particular y enmarcado en las reconceptualizaciones que fueron signando su pensamiento. Con la predominancia de estos marcos teóricos el concepto de trauma no figuraba como un parámetro para pensar al niño, sus síntomas y su historia. En este contexto resulta pertinente subrayar que le debemos a Silvia Bleichmar haber recuperado en el psicoanálisis de niños de nuestro país la idea de trauma tanto en su valor teórico como clínico con lo que contribuyó a que dicha noción sea progresivamente revalorizada, retomada y actualizada en las producciones teóricas desde hace unos veinte años.

Constituye un aporte originalísimo de sus desarrollos precisar conceptualmente la materialidad psíquica de lo real traumático con la idea freudiana de los signos de percepción que tiene un inmenso valor para afinar la operación clínica en casos con traumatismos severos. En estos últimos algunos elementos siguen operando como Wz, signos de percepción no ligados, que quedan sueltos, que avanzan, van y vienen y pueden aparecer de distintas maneras, en ciertos casos bajo formas fetichizadas, desplazadas, dependiendo su destino de cómo encuentren una inserción en la tópica (Bleichmar, 2000). Se trata de representaciones muy particulares, que operan en el inconsciente, que no fueron ensambladas ni transcriptas, o que sólo obtuvieron una transcripción insuficiente para la fuerza de afecto que arrastran y se caracterizan por no poder ligarse, que quedan vagando por el aparato sin por ello ser conscientes. Estos signos de percepción “no sólo eran lo intraducible de los orígenes, sino que podrían producirse a lo largo de la vida como materialidad irreductible a todo ensamblaje a partir de ser producto de experiencias traumáticas inmetabolizables, o simplemente de restos no transcriptos de las vivencias por las cuales atraviesa el sujeto psíquico” (Bleichmar, 2006). Con más precisión, “es un fragmento del objeto real, metonímico del objeto real, inscripto por desprendimiento, provisto de fuerza de investimento a partir de su carácter excitatorio, pero que ha perdido toda referencia al real externo (2008). Insistimos en que las consecuencias para la clínica de estas consideraciones son valiosísimas a la hora de abordar problemáticas graves de la infancia.

El 18 de octubre de 1927 Jones le escribe a Freud, acerca de Joan Riviere, que la misma subraya excesivamente el factor de la necesidad interna como configurador de la imagen inconsciente que el niño tiene de sus padres. Esta autora ubica del lado interno las propias pulsiones parciales del niño y las defensas contra el dolor intolerable producido por la falta de gratificación de varios deseos que en el plano de lo real no pueden ser gratificados. “Creo que es erróneo – concluye Jones – adscribir exclusivamente todo el proceso a lo que podría llamarse el factor interno (...) En qué porcentaje el proceso sea interno o externo, me parece ser un problema de la máxima importancia para ulteriores investigaciones”. (S. Freud-E. Jones, 2001).

Efectivamente Joan Riviere había expresado en el *Simposium of child análisis* realizado en Londres en mayo de 1927 que el psicoanálisis “no se ocupa del mundo real ni de la adaptación del niño a ese mundo real, de la salud o la enfermedad ni del vicio o la

virtud” y que sólo le interesan “las cosas que imagina la mente infantil, los placeres de su fantasía y los castigos temidos”.

El 22 de octubre del mismo año Freud le contesta a Jones que dichas proposiciones abrieron “el camino para sacar al análisis de la esfera de la realidad” (Elizabeth Young-Bruehel 1991), ó, según otra traducción, que “constituye un paso importante para hacer que el análisis se torne irreal e impersonal”. Y agrega que le resulta “sorprendente que la gente encuentre tan difícil reconocer la sobredeterminación y la multiplicidad de factores etiológicos. Todos nuestros apóstatas captaron siempre parte de la verdad y quisieron proclamar que era toda la verdad” (S. Freud-E. Jones, 2001).

Como podemos apreciar Silvia Bleichmar tomó a su cargo esas “ulteriores investigaciones” y las cuestiones que profundizó y sus propias respuestas se inscriben en problemáticas ya abiertas desde los primeros años del psicoanálisis de niños. Su posición ética frente a lo real es puesta de manifiesto cuando formula que “el análisis no consiste en dejar en suspenso la realidad, sino en capturar los modos de su incidencia en el sujeto psíquico (...) nadie está exento de que su acaecer sea desarticulado o interrumpido por el azar, pero todos tenemos la posibilidad de que la inscripción de lo imprevisible sea tolerada (...) de reconocernos tan vulnerables como capaces de domeñar intrapsíquicamente lo que nos acaece. En esto radica la sabiduría que al análisis puede brindar” (Bleichmar, 2006).

Bibliografía

- Bleichmar, S. (1986). En los orígenes del sujeto psíquico. Amorrortu. Bs. As.
- Bleichmar, S. (1993a). La fundación de lo inconciente. Amorrortu. Bs. As.
- Bleichmar, S. (1994). *Repetición y temporalidad: una historia bifronte*. En S. Bleichmar (Comp.) Temporalidad-Determinación-Azar. Paidós. Bs. As.
- Bleichmar, S. (2000). Clínica psicoanalítica y neogénesis. Amorrortu. Bs. As.
- Bleichmar, S. (2006). *La deconstrucción del acontecimiento*. En Leticia Glocer Fiorini (Comp.) Tiempo, historia y estructura. Lugar Editorial. Bs. As.
- Bleichmar, S. (2008). El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo. Topia. Bs. As.
- Young-Bruehl, E. (1991). Anna Freud. Emecé. Bs. As.
- Freud, S. – Jones E. (2001). Correspondencia completa 1908-1939. Editorial Síntesis. Madrid.

